

¡MUCHA CONFIANZA! DIOS DA SIEMPRE EL CIENTO POR UNO

Como viene siendo costumbre ya desde hace varios años, desde PJV Vedruna Europa nos proponemos rescatar un aspecto de nuestro carisma que ilumine nuestras acciones pastorales durante el año. Para ello, cómo no, recurrimos a Joaquina, fuente inspiradora que nos permite atravesar las coordenadas espacio temporales, aportándonos claves para nuestra vida como creyentes y para el acompañamiento pastoral a niños/as, adolescentes y jóvenes.

Nuestro lema pastoral para este curso 2022-2023 es: *¡MUCHA CONFIANZA! DIOS DA SIEMPRE EL CIENTO POR UNO.*

Carta 58, a su hijo José Joaquín:

Vic, 8 de junio de 1828:

Queridísimo hijo: No puedo enviarte el paraguas, porque todavía no les han llegado; cuando lleguen, cuidará Inés de enviártelo, porque aquí están más baratos, y es necesario mirarlo todo.

Creo que mañana vendrá Estrada a buscarme y me iré con él.

Escribeme por el próximo correo a Igualada, a casa de Estrada. Sería mejor que le escribieras a él e incluyeras mi carta en la suya.

*Amados hijos: tú y Rosita sed muy agradecidos al Señor; haced la novena de Santa Teresa, que también cuida de vosotros; y no os olvidéis del quinario del padre San Francisco. Y **mucha confianza, que Dios da siempre el ciento por uno.***

Te adjunto este papel por si acaso te sirve. Escribo a tu tía Just que te dé ocho duros cuando te convenga; pero prescinde siempre que puedas, que será mejor para ti. Por el mismo correo escribo también a Ramón y le envío dicho papel.

Dime si hiciste la visita que te encargué al sacerdote de Tárrega en casa de Castellvell.

No puedo escribir más. Dios os bendiga.

Tu humilde madre,

Joaquina de Mas

En esta carta, Joaquina utiliza su lenguaje firme y coloquial de siempre, aunque no por ello exento de belleza y profundidad. En esta ocasión se dirige a su hijo José Joaquín, unos días antes de emprender el viaje hacia Tárrega. Le advierte que puede pedir dinero a su tía Just, si verdaderamente lo necesita. Además, en ella menciona a algunos testigos como Santa Teresa o San Francisco, en cuyas manos invita a su hijo y a Rosita, su nuera, a poner sus peticiones. Toda la carta trasluce el clima de su vida espiritual: amor a la pobreza, acción de gracias al Señor y total abandono a su providencia. En otra ocasión anterior, en la carta 35, ya les había dicho a sus hijos: *espero y pongo toda mi confianza en los santos que intercederán mucho por todas nuestras necesidades.* Así les invita a hacerlo una vez más, confiando en su intercesión.

La invitación a la confianza es algo en lo que Joaquina insiste a lo largo de sus cartas. ¡Hasta en 18 ocasiones lo encontramos! En varias de ellas, además, menciona a otros santos testigos a quienes rezar para que alimenten esa confianza e intercedan por sus oraciones. Lo hace con la Virgen María (Ep. 5), con san Rafael (Ep. 69) o con san José (Ep. 41), por ejemplo. Y, por supuesto, siempre confiando en el Buen Jesús (Ep. 28), el Señor de su vida.

Joaquina era una mujer de fe y confianza, pero también de acción y de poner los medios adecuados para que los deseos se convirtieran en posibilidad. Esto queda reflejado en la segunda parte de la expresión: “Dios da siempre el ciento por uno”. Dios da “cien”, pero nosotros debemos poner ese “uno” con anterioridad. El *uno* de la confianza, el *uno* de hacer lo posible, el *uno* de querer y desear vivir de una manera determinada. En todo ese proceso, no lo dudemos, Él estará, y nos dará cien veces más. Dios es abundante y generoso.

1. Contexto

La carta está escrita en junio de 1828. La Congregación lleva en marcha apenas dos años y los inicios – como suele suceder en el comienzo de toda empresa– no están siendo fáciles. Joaquina escribe a su hijo siendo conocedora de la situación que éste vive, lo que nos muestra algo que fue una constante en su vida: la capacidad para seguir acompañando a su familia mientras alentaba y animaba lo que hoy conocemos como *Familia Vedruna*.

“Y mucha confianza, que Dios da siempre el ciento por uno”. Con estas palabras Joaquina pide a su hijo y a su nuera que mantengan la confianza en Dios y lo hace apoyándose en una certeza: Él da siempre mucho más de lo esperable o imaginable. Esa certeza se fundamenta en la fe, pero también en la experiencia personal que Joaquina tiene, asentada en su capacidad para leer los acontecimientos de la vida siempre a la luz de Dios.

Cuando conocemos la situación vital en la que se hallaba en ese momento, podemos captar mucho mejor la profundidad de su expresión. No es una frase hecha ni un simple deseo piadoso. Joaquina sabe bien de lo que habla.

A nivel familiar la última época ha sido muy convulsa. Su hijo José Joaquín ha estado varios meses encarcelado a causa de sus ideas y acciones políticas. Durante ese periodo ni él ni su familia conocían por cuánto tiempo se mantendría esa situación, ni siquiera si podía sucederle algo peor, pues algunos de sus compañeros habían sido ya ejecutados. Los meses pasan sin que los movimientos para liberarle –realizados por parte de familiares y amigos– tuvieran efecto. Joaquina se desvive por contactar e interceder por su hijo ante personas con poder político o militar, pero no encuentra respuesta.

De ese tiempo tenemos varias cartas enviadas a la cárcel que revelan la preocupación de una madre que cree en la inocencia de su hijo pero que conoce también las complejidades políticas y humanas: “confiemos en la protección de San José y pidámosle que nos alcance esta gracia del cielo. Yo no ceso de pedir por tu libertad, pues en estas circunstancias nada valen ni amistades ni inocencia, sino sólo el poder de lo alto” (Ep. 50).

Una y otra vez alienta a su hijo, a través de escritos o en las visitas personales que le permiten realizar: “serenidad y confianza que, si sois agradecidos, Dios os ayudará” (Ep. 49). Sus cartas muestran inquietud y desvelo, pero no angustia ni desasosiego. Joaquina insiste, se moviliza, busca, se mantiene cercana a su hijo, le acompaña y anima y, al tiempo, confía siempre en el Señor.

El encarcelamiento de José Joaquín tiene otras repercusiones. Rosita, su mujer, está embarazada del tercer hijo y, sin los ingresos del marido, se ve con dificultad para salir adelante con sus otros pequeños y con las tres hijas menores de Joaquina –Teodora, Teresa y Marieta– que viven con ellos. La Madre está pendiente de cada una de sus hijas y de su nuera, les va a visitar, les envía cartas con frecuencia y busca ayudas familiares y préstamos para que no les falte lo necesario para vivir. Aunque todavía son jóvenes,

sus hijas van buscando su lugar en el mundo y, en ese tiempo, Teresa entra como clarisa en el convento de Pedralbes. Joaquina le acompaña también en su discernimiento y búsqueda.

Para que no falte de nada, sus cuñadas han presentado de nuevo pleitos contra ella. Cuando escribe esta carta a su hijo, José Joaquín lleva poco más de dos meses libre, pero ha perdido el trabajo. Las dificultades económicas se agravan, pero Joaquina no deja de confiar: “confía que todo se solucionará. Dios es buen Padre” (Ep. 46).

Y junto a esta realidad familiar, la congregacional. Joaquina sigue acogiendo a jóvenes en su casa de Vic y su fama de mujeres orantes, trabajadoras y honestas hace que desde otros lugares soliciten la presencia de algunas Hermanas para atender a los enfermos de los hospitales y dar clase a las niñas.

A Joaquina estas peticiones le llenan de alegría, porque comienza a poder servir a los más necesitados de otros pueblos y ciudades y porque, de este modo, las Hermanas pueden vivir de su trabajo. Pero no es sencillo. Mientras ella marcha a Tárrega con quienes formarán una nueva comunidad, las que quedan en Vic experimentan dificultades internas, desavenencias y conflictos e, incluso, alguna de ellas abandonará el proyecto. No mucho después, la comunidad de Tárrega también se dividirá.

Joaquina acompaña cada realidad, a cada una de las Hermanas de las dos comunidades. En sus decisiones y movimientos se observa a una mujer firme, diligente y tenaz, resolutive y fuerte. Pero, al tiempo, una mujer centrada en Dios, humilde y absolutamente confiada en Él. Conociendo toda la realidad que le estaba tocando vivir, la expresión “¡mucha confianza! Dios da siempre el ciento por uno” adquiere mayor relevancia para nosotros. Confiar cuando las cosas van bien puede resultar relativamente sencillo, pero hacerlo cuando todo parece desmoronarse revela una gran fe y una enorme esperanza.

Quizás porque la confianza no se basa en creer que Dios hará lo que uno desea, sino en creer que, en lo que sucede, en lo que toca vivir, Dios no nos deja solos y está a nuestro lado. Ahondemos un poco más en lo que significa *confiar*.

2. Confianza

El sustantivo “confianza” deriva del verbo *confiar*. Este término procede del latín y se encuentra formado por tres componentes léxicos. Por un lado, el prefijo *con-*, que quiere decir “globalmente o junto a”; por otro, la raíz *fi*, del verbo *fiar*, relacionado con la “fe”, y, por último, el sufijo *-anza* que indica “acción”. Significa, por tanto, “con toda la fe”, “con absoluta convicción”, “familiaridad en el trato”, “ánimo, aliento, vigor para actuar”, entre otros sentidos.

La confianza es una actitud básica, inherente al ser humano y desarrollada particularmente en la infancia. Sabernos amados y protegidos en nuestra niñez nos ayuda a desarrollar la confianza en los demás, base para poder desarrollar la confianza en Dios. A lo largo de la vida, asimismo, vamos afianzando nuestra confianza a partir de relaciones con otros que nos ofrecen su apoyo y seguridad. También nosotros vamos haciendo la experiencia de ser apoyo y seguridad para otros, de que otros puedan confiar en nosotros.

A nivel bíblico la confianza en Dios se vincula con “tener fe”, con “creer”. La raíz verbal de este término expresa diferentes cualidades: ser resistente, firme, seguro, sólido. Significa estabilidad y seguridad derivadas del hecho de apoyarse en alguien con abandono y confianza. El creyente experimenta que Dios es una roca estable, segura y resistente (cf. Sal 18,2-4; Mt 7,24-25). Descubre en Él un verdadero

apoyo. Dios da estabilidad, y quien se apoya en Él así lo experimenta. Pero ¡jojo!, hace falta dar ese paso. Por parte de la persona se hace necesario el “salto de fe”, ese creerse de verdad que en Él hay suelo firme, roca segura, y que es posible apoyarse en Él. Se confía *confiando*.

De ahí que creer, confiar, implique inseparablemente una síntesis de *seguridad y esperanza*, de *certeza* y capacidad de afrontar el *riesgo*, de *obediencia* y capacidad de sostener el *temor*. No significa cerrar los ojos ante la realidad ni pretender que todo sea fácil. No significa tampoco creer que las cosas serán como nosotros deseamos o esperamos. Significa confiar en que, con Dios, todo lo podremos vivir y que Él nos ayudará a afrontar todas las dificultades que puedan aparecer. Significa, desde Joaquina, confiar en que Dios siempre da mucho más de lo que podemos imaginar, aunque no sea del modo que esperamos. *La espera de lo imprevisible implica la confianza del amante*¹.

3. Nuestros jóvenes

En estos momentos de dificultades económicas, de crisis social e incertidumbre, de conflictos bélicos, tres años de pandemia y de las consecuencias psicológicas que todo ello conlleva, los jóvenes son uno de los colectivos más vulnerables. El futuro se vislumbra con pocas posibilidades y muchas dificultades, resultando complejo soñar y poder proyectar la vida más allá del hoy. A eso, que configura parte del ambiente que respira cada joven, se une su realidad familiar y personal que, seguramente, no está exenta tampoco de contrariedades o inquietudes. La *confianza*, ante esa realidad, es una de las actitudes que más se resiente.

Algunos datos nos desvelan este hecho²: la fe religiosa se encuentra en último lugar entre las cualidades señaladas como aprendidas dentro del ámbito familiar y la confianza en la Iglesia o en organizaciones religiosas está en penúltimo lugar, sólo por encima de los partidos políticos. A los jóvenes les cuesta fiarse, a veces incluso, de los más cercanos. El fortalecimiento de los contactos on-line a causa de la pandemia y del desarrollo tecnológico no favorece unas relaciones directas de calidad, lo que se manifiesta en una bajada del porcentaje de jóvenes para quienes los “amigos y conocidos” son muy importantes. Es muy llamativo que “los amigos”, que históricamente han sido siempre el segundo lugar donde se dicen las cosas más importantes, sólo después de la familia, ahora pasa a estar en cuarto lugar, por detrás de los centros educativos y de los libros.

Sin embargo, los jóvenes están sedientos de *seguridad y estabilidad*. Les gusta la flexibilidad, pero también desean sentirse sobre suelo firme, tener certezas sobre las que apoyarse y alguien en quien verdaderamente confiar su vida.

Para nosotros, acompañantes, esto es un verdadero reto. Significa estar al lado de cada joven y ayudarle a hacer camino de confianza y seguridad en sí mismo, en los demás y en Dios. Quizás nosotros mismos nos sentimos llamados a crecer en confianza, sentimos la invitación a confiar en que Dios está y nos acompaña, que vela por cada uno de nosotros, sale a nuestro encuentro y no nos abandona.

¹ Cf. Nuria Martínez-Gayol, “Virtudes teologales” en Ángel Cordovilla (ed.), *La lógica de la fe. Manual de Teología Dogmática* (Madrid: Universidad Pontificia Comillas, 2013), 713-754, 729.

² Datos están extraídos del informe anual sobre jóvenes SM: Juan M. González-Anleo, Juan Carlos Ballesteros Guerra, Ignacio Megías Quirós, Ariana Pérez Coutado y Elena Rodríguez San Julián, *Jóvenes Españoles 2021. Ser joven en tiempos de pandemia* (Madrid: Fundación SM, 2020), 55-56, 99 y 152.

Jesús y Joaquina nos dan pistas para ello. Quizás nos toca “reconfigurar” qué entendemos por confianza y dar pasos hacia ella. Recordemos: se confía *confiando*.

4. A la luz de la Palabra

Joaquina vincula la confianza con la certeza de la generosidad y abundancia de Dios. Esto es muy revelador porque, cuando creemos que alguien nos va a ofrecer algo muy bueno, cuando tenemos la certeza de la bondad y generosidad de la otra persona, se nos hace sencillo confiar en ella.

Jesús, conocedor de nuestra humanidad –y de nuestras dudas–, nos recuerda que Dios es Padre-Madre generoso, que ofrece siempre amor, cuidado y protección: “Pues si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan!” (Mt 7,11); “Fijaos en las aves del cielo; ni siembran ni siegan ni recogen en graneros, y sin embargo vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?” (Mt 6,26).

Si hablamos de generosidad, la imagen del campo, de la siembra, que ilumina el lema, refleja bien la abundancia de Dios con nosotros. Detrás de las palabras de Joaquina sobre “el ciento por uno” resuenan las de Jesús contándonos esta parábola:

Salió el sembrador a sembrar. Al sembrar, parte de la semilla cayó al borde del camino, pero vinieron las aves y se la comieron. Parte cayó en terreno pedregoso, donde no había mucha tierra; brotó enseguida porque la tierra era poco profunda, pero cuando salió el sol se agostó y se secó porque no tenía raíz. Parte cayó entre cardos, pero éstos crecieron y la ahogaron. Finalmente, otra parte cayó en tierra buena y dio fruto: un grano dio cien, otro sesenta, otro treinta. El que tenga oídos para oír, que oiga. (Mt 13,3-9)

“Un grano dio cien, otro sesenta, otro treinta”. Cada grano se multiplica cuando la tierra en la que cae es buena. Ya sabemos el significado de la parábola, el mismo Jesús se lo explica a sus discípulos un poco más tarde:

Así pues, escuchad vosotros lo que significa la parábola del sembrador. Hay quien oye el mensaje del reino, pero no lo entiende; viene el maligno y le arrebató lo sembrado en su corazón. Éste es como la semilla que cayó al borde del camino. La semilla que cayó en terreno pedregoso es como el que oye el mensaje y lo recibe enseguida con alegría, pero no tiene raíz en sí mismo, es inconstante y, al llegar la tribulación o la persecución a causa del mensaje, enseguida sucumbe. La semilla que cayó entre cardos es como el que oye el mensaje, pero las preocupaciones del mundo y la seducción del dinero asfixian el mensaje y queda sin fruto. En fin, la semilla que cayó en tierra buena es como el que oye el mensaje y lo entiende: éste da fruto, sea ciento, sesenta o treinta. (Mt 13,18-23)

La clave para que la semilla dé fruto se encuentra en la acogida del mensaje del Reino, de la Palabra de Dios. En el fondo, se trata de *confiar* o no en Dios y en lo que Él nos dice. Él es el Sembrador y sus semillas están cargadas de vida, de alimento y de fuerza. Cada una de ellas posee un potencial, la capacidad de dar fruto. Pero en todo, Dios cuenta con nosotros, no quiere hacer nada solo. Nos pide que pongamos de nuestra parte. Que la planta crezca y dé fruto depende del “terreno”, es decir, de nuestras propias vidas. Si las llenamos de piedras o cardos (de todas esas “falsas seguridades” que nos parecen muy necesarias pero que, en realidad, luego comprobamos que no nos dan felicidad ni estabilidad) o si ni siquiera dejamos que su semilla caiga en nuestra tierra, no podrá multiplicarse.

5. Un mensaje para acrecentar la confianza

Por eso, de nuevo, hacemos hincapié en la importancia de poner de nuestra parte. Dios da siempre el ciento por uno, ¡siempre! Pero si no hay “uno”, no habrá “ciento”. Joaquina nos invita a abandonarnos en Dios, a hacer la experiencia del bebé que se sabe bien sostenido en brazos de su madre y descansa tranquilo. Ella sabe –y, como hemos visto, lo sabe por experiencia– que es posible vivirlo todo, cualquier realidad, junto a Él.

El Papa Francisco, en uno de los primeros Ángelus tras la pandemia, nos animó con la misma idea, incluso haciendo alusión a la siembra y al fruto: “Dios está obrando, como una pequeña semilla buena que silenciosa y lentamente germina. Y, poco a poco, se convierte en un árbol frondoso que da vida a todos [...]. Y esta es nuestra confianza, es esto lo que nos da fuerzas para seguir adelante cada día con paciencia, sembrando el bien que dará fruto. ¡Qué importante es esta actitud para salir bien de la pandemia! Cultivar la confianza de estar en las manos de Dios y, al mismo tiempo, esforzarnos todos por reconstruir y recomenzar, con paciencia y constancia³”

Los jóvenes saben bien lo que es el riesgo. Muchos de ellos experimentan con el vértigo de mil maneras. Es decir, en ellos no falta la capacidad para dar un paso adelante en lo que parece “el vacío” y poner su “uno” si les merece la pena. Invitémosles a *arriesgarse con Dios*, a ser capaces de relacionarse con Él como ese Padre-Madre que tiene entrañas de misericordia y una generosidad desbordante.

Con Él podrán vivir todo lo que la vida traiga. Porque no significa que Dios nos vaya poniendo por delante “un camino de rosas”. Significa que por el camino por el que andemos, Él estará a nuestro lado y nos ayudará a descubrir las rosas y disfrutar de su aroma, pero también a reconocer los cardos y las piedras y ser capaces de superarlos, de salir de alguna zanja si es que caemos en ella o de escalar montañas, si es que aparecen en la senda. Dijo el poeta Antonio Machado: “Caminante, no hay camino, se hace camino al andar”. Hoy nosotros, junto a Joaquina, podemos parafrasear: “Joven, no hay confianza, se confía confiando”.



³ Papa Francisco, en el Ángelus del domingo 13/06/2021.